

hermosa, el transeunte se detuvo un momento al llegar el coche por delante de él. Pero conservó la mayor impassibilidad, no se quitó el sombrero ni se permitió ningún movimiento, ningún gesto; nadie hubiese podido figurarse que conocía á la marquesa. Tan sólo Carmen sorprendió una mirada cambiada entre aquellas dos personas, en apariencia tan indiferentes una á otra, y esa mirada la bastó.

IX

Al día siguiente, y mediante informes recogidos por ella con suma discreción, y gracias, sobre todo, á su perspicacia, la señorita Lelievre se trazó el pasado de la señora de Tourves, desde hacía diez años.

El vecino en cuestión era el conde de

Sanneteyre. ¿Dónde le había conocido? En algún establecimiento de baños, sin duda, el primero ó el segundo año de la enfermedad de su marido.

¿Por qué le había amado? Poco importaba. Lo único que sería curioso saber cómo pudo conciliar su amor y su reputación. Moralmente, sabemos con qué habilidad consiguió engañar al mundo. Materialmente, se arregló de este modo:

Ella había llevado al matrimonio, como dote, dos casas medianeras y cuyos pisos principales de ambas comunicaban entre sí. La primera de estas casas era la ocupada ahora por el conde de Sanneteyre; la segunda, que estaba fuera de la alineación acordada para aquella calle, había sido demolida, y sobre el terreno, apoyándose en el muro existente, había hecho construir la marquesa un nuevo hotel. Cuando la construcción llegaba al primer piso, el ar-

quitecto, en vez de encontrarse con un muro macizo, vió que había en él una puerta y quiso tapiarla con cascotes.

—No hagáis tal cosa—dijo la marquesa;—si más adelante tuviésemos necesidad de ensancharnos, no habría más que abrir esa puerta.

Dejóse tal como estaba.

Construído el hotel, el conde de Sanneteyre, sin ver siquiera á la marquesa de Tourves, para regatear el precio de ella, compró la casa medianera al hotel por mediación de su notario. Ni el conde, ni la marquesa quisieron aparentar que se conocían ni poco ni mucho: pocos hay que sean tan prudentes. Firmada la escritura de compra-venta, para salvar las apariencias y adelantarse á toda sospecha, se hizo ostensiblemente, á ciencia y presencia de todo el mundo, tapiar la famosa puerta con buenos ladrillos huecos, que el con-

de, en una noche, y antes de que se secase mucho el mortero que los unía, fué quitando uno á uno, y de los cuales, también poco á poco se fué desembarazando. Por su parte, la marquesa llamó al maestro de obras de su casa, y con el pretexto de aislarse más aún de una casa que no la pertenecía ya, había hecho rodear de gruesa madera su tocador, muy próximo, decía, á la casa contigua.

Gracias á estas precauciones y á esta astucia, nadie pudo enterarse de las relaciones que existían entre el conde y su vecina.

Antes de sospechar sus relaciones era preciso saber que se conocían. ¿Cómo podía saberse eso? Nunca, jamás había puesto el conde los pies en el hotel de la señora de Tourves; jamás se le había visto hablarla en ninguna reunión de la alta sociedad, ni saludarla en la calle; jamás

se le había oído pronunciar el nombre de la marquesa.

En apariencia, completamente extraño uno á otro, vivían, sin embargo, en una intimidad absoluta. Eran las relaciones más cómodas, las más fáciles, las mejor arregladas, las menos comprometidas que imaginarse pudieran. En sociedad, en el Círculo, Sanneteyre tenía reputación de hombre de costumbres ejemplares; siempre volvía á su casa antes de la una de la madrugada, y sus más íntimos amigos no habían visto en su casa á ninguna mujer. En cuanto á la de Tourves, pasaba por una santa á los ojos de su marido, de sus amigos y de cuantos la conocían.

Carmen, tan solo, era quien sabía ahora su secreto, y todo hacía presumir que le divulgaría con escándalo.

Mientras aguardaba ocasión oportuna para hacerlo, se regocijaba de encontrarse,

por esta vez, en pleno siglo XVIII. Se acordaba de que en Trouville creyó hallarse en aquella época que tanto le gustaba á ella y vió que sólo existía en su imaginación. Hoy se le presentaba clara, animada, viviente. La señorita Lelievre veía los amores de Richelieu con la bella señora de la Popelinière, amores tan bien descritos en las *Nuevas Memorias del mariscal duque de Richelieu* por *Lescure*, uno de los escritores franceses más eruditos y más notables.

El conde de Sanneteyre y la marquesa de Tourves vivían también en el siglo anterior, del mismo modo que el duque y su querida. No se trataba, con respecto á estos últimos, de conservar en el mundo una reputación inmaculada. En el reinado de Luis XV se hacía, con desenfado, almoneda de la virtud para que se rindiese culto á la hipocresía. Pero tenían que te-

mer á un marido celoso, lleno de sospechas, irascible. Por eso los dos amantes idearon la famosa chimenea, que pasó al dominio de la historia, y de que el rey, la Pompadour, las aldeas, las provincias y hasta el reino entero se ocuparon por espacio de un mes y se rieron con tan buena gana al finalizar el año de 1748.

He aquí la aventura. El duque de Richelieu dicta, y Lescure escribe lo que él dice, aunque más bien lo redacta de nuevo, lo cual permite suponer que por ser el duque poco literato fué admitido en la Academia:

«Uno de mis confidentes, muy hábil y muy seguro, y por eso le pagaba bien, llamado Dunoyer, había alquilado, en su nombre, mediante el pago de dos mil cuatrocientas libras, la casa inmediata al hotel de la señora de la Popelinière.

»Era una casa agradable, tranquila,

bien guardada, que alquilaban, en detalle, á pequeños rentistas ó á entendidos empleados en Correos.

»La habitación inmediata á la casa de la Popelinière, separada de ella por una gruesa pared medianera, estaba ocupada por un honrado matrimonio, modelo ideal de virtudes caseras, dos viejos que se querían como Filemon y Baucis, y que seguramente no hubiesen jamás abierto su puerta para que en su casa se cometiese una traición con nadie.

»Una noche, durante una partida de campo, á la cual no pudo asistir la de la Popelinière, dos hábiles obreros, cerrajero el uno, albañil el otro, embaucados por mi ayuda de cámara italiano Stefano, con la finura de su país y de su raza, engolosinados también con el cebo de un salario de cincuenta lises que podían ganar en una noche, fueron introducidos misterio-

samente por mi hombre, con los ojos vendados, en la casa alquilada por Dunoyer, el portero de la cual, que se llamaba Gerard, estaba á mi disposición.

»El coche que les llevó allí se estacionó bajo la arcada de Colbert, y pusieron al momento manos á la obra, para marcharse después que su obra quedase terminada, y se les pagase en el mismo vehículo que les había traído, lo cual me garantizaba una discreción completa, por la ignorancia de personas y lugares de los ejecutores de aquel trabajo.

»Y he aquí la obra maestra que resultó de aquella colaboración.

»Abrióse en la pared medianera un boquete de la misma magnitud que la chimenea del gabinete de estudio de la señora de la Popelinière, donde tenía su clavicordio y los muebles que más la gustaban, y con mucha frecuencia se retiraba á aquel

estudio artístico objeto de su predilección.

»Despegóse con mucho cuidado la plancha de la chimenea, y se fijó al marco de hierro que la sujetaba por medio de pernios maravillosamente disimulados, que permitían girar sobre sí misma y dar paso libre al visitante furtivo por quien se había hecho toda aquella maniobra.

»Por esta abertura se penetraba en el *buen retiro* de la señora después de atravesar una puerta formada por un tablero de madera que cubría la placa por completo.

»Este tablero se hallaba disimulado á su vez, en la habitación contigua á la de la señora dicha, y del cual yo sólo tenía la llave, por un armario de luna que hubiese ocultado á los ojos más expertos el paso aquel, sobre todo por el lado más expuesto á sospechas y pesquisas, y del cual nadie podía figurarse que existía.

»Era preciso ser invisible testigo de él para creer en ese cómodo medio de entrar, pasando por un armario, y atravesando una pared, en una habitación en la que los celos del señor de la Popelinière habían hecho poner espías en todas las puertas y ventanas, pero á quien jamás se le hubiese ocurrido acusar á la chimenea de cómplice de su esposa.

»No había, pues, y con razón, nada que temer por tan extraordinario cúmulo de obstáculos ordinarios. Y adormecido por el éxito, en la misma confianza que el marido, no pensábamos más que en gozar tranquilamente de una invención que parecía nos aseguraba la impunidad. Habíamos también tomado toda clase de precauciones para que no nos sorprendiese cualquier contratiempo. Todo lo habíamos tenido en cuenta, menos lo imprevisto.»

Lo imprevisto fué una traición de la criada de la señora de la Popelinière, á quien el intendente de Richelieu se había negado á concederla una pensión mensual que el duque la había prometido. Lo reveló todo al marido, que, escoltado por un comisario para recibir declaraciones, y de obreros para registrar las paredes del célebre Vaucanson, encargado de descubrir el mecanismo de la trampa, penetraron en aquel famoso cuarto, en el que la de la Popelinière, á pesar de sus súplicas y las de sus amigos, no volvió á entrar, renunciando de este modo á sus aventuras amorosas con el duque.

Esa aventura del siglo XVIII acababa de reproducirse exactamente, con corta diferencia, en el XIX. Era menos complicada, más práctica, más realista, eso era todo: las puertas habían reemplazado á la chimenea, los obreros aquí habían sido

sustituídos por las hábiles combinaciones de allí.

Los medios de descubrirlo diferían poco uno de otro; en uno lo descubrió una criada; ahora, una señorita de compañía.

Pero, ¿cómo podría hacerse del dominio público, produciendo escándalo, esta aventura? Carmen, para parecerse todo lo posible á la confidenta del siglo pasado, ¿iba á iniciar en el secreto al marqués?

Era fácil vender al marido el secreto de la mujer, como hizo la criada en la aventura antes referida; ¿pero qué ventaja sacaría de ello? Su antepasada no vaciló, porque había provecho para ella; pero la señorita Lelievre, por el contrario, hacía poco caso del dinero, trabajaba por vengarse.

Además, ¿qué podría decir, qué podría hacer aquel moribundo que se llamaba aún el marqués de Tourves? Si Carmen

quería concluir con él, no tenía más que revelárselo todo. Pero no quería de ninguna manera su muerte, que hubiera colmado los deseos de la marquesa y legitimado sus culpables amores.

¿Y si se impresionaba el señor de Tourves si le hacía esas confidencias de tal manera que fuesen ellas la causa de su muerte?

—¡Ah!—hubiese dicho tal vez,—¿mi mujer me engaña? Es un gran desengaño, me aflige profundamente; pero ¿por qué diablos me he borrado yo del número de los vivos desde hace diez años? Eramos jóvenes y nos queríamos, y de repente yo no soy nada y ella se queda siendo lo que era. ¿Qué podía exigir? Que respetase mi nombre; y no sólo se ha contentado con respetarle, sino que le ha santificado. Si la historia de su tocador no se divulga, de seguro que á nosotros

nos hubiese sido reservado un sitio en el Santoral.

»¡Qué, cuando podía ser objeto de compasión y de burla, paso por ser el más mimado de los maridos! Dícese: el marqués ha dejado tal recuerdo en el corazón de su mujer, que diez años de abstinencia, de enfermedad, no han hecho que le olvide. Me admiran y me respetan retrospectivamente... ¿Iría yo á publicar las interioridades de mi casa, á hacer saber á la sociedad que si mi querida esposa no me olvida, no se olvida tampoco de ella, que si me consagra el día, se reserva para sí las noches? ¡La echaré abajo de su pedestal y yo caeré del mío al propio tiempo! ¡Sería ridículo, insensato, hasta injusto; y los más rígidos en materias de honor conyugal me acusarían de ser ingrato con mi mujer!...»

Admitiendo que el marqués no hubiese tenido este lenguaje de filósofo, que hu-

biese pensado solamente en la perfidia de su mujer y se hubiese negado á admitir circunstancias atenuantes, ¿qué clase de escándalo sería el mejor? ¿Su primer deber era pedir explicaciones al conde de San-teteyre? No cabía duda. Pero en el estado en que él se encontraba, ¿no sería irrisoria esa petición por parte suya?

Era evidente que ante aquel enfermo, cuyo espíritu debilitado por sus sufrimientos conservaba aún alguna lucidez, se callaría por cálculo y hasta por compasión.

Todos estos razonamientos llevaban á Carmen á decirse que no podía hierla con ese sistema. Para perder á la marquesa no debía ocuparse de su marido. Si le avisaba, podía servir de obstáculo á Carmen, estorbarla, no dejarla vengarse de ella. Los amigos de la marquesa, sus conocimientos, la sociedad, París entero, eran á los que debería hacer conocer di-

BIBLIOTECA ALFONSO X
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

rectamente la conducta por ella seguida. Su reputación, tan asegurada, debía desaparecer de golpe; aquella gran virtud hundirse en un solo día y de una manera tan completa, que no quedase nada, absolutamente nada de ella.

Carmen se dió de término una hora para plantear su plan de campaña. Transcurrida la cual, empezó la acción. No era ya á la señora Vitel á quien iba á vengar; no era tampoco ella quien se vengaba; era *el Botador*, como la marquesa le había puesto por mote.

X

Si la señora de Tourves no llevaba jamás alhajas, como ya hemos dicho, no se olvidaba de ellas, y muchas veces se en-

tretenía en abrir sus cofrecitos y en ver brillar la pedrería en ellos contenida. Carmen se extrañaba de verla tomarse tanto cuidado con aquellas alhajas destinadas á permanecer retiradas é inactivas. Ahora ya no se asombraba de nada: los collares, los brazaletes y las sortijas debían servirle en las fiestas íntimas que la marquesa daba en su tocador. Del mismo modo que la gustaba quitar las fundas del diván y encender las bujías de las arañas y los candelabros, la gustaba también ataviarse para recrear la vista de su favorito. Imitando á muchas mujeres, que se adornan para un solo hombre, y no van á reuniones sino con el afán de encontrarle, la marquesa organizaba bailes, donde no era admitido más que un solo hombre: el elegido por ella.

Después de haber pasado revista de inspección á sus aderezos, al día siguiente